

Parmelo Anaya

Ordo dei
(perdedores anónimos)



NARRATIVA

OBRA GANADORA DEL II PREMIO
DE NOVELA NEGRA WILKIE COLLINS

M.A.R. Editor

3

Parmelo Anaya

Ordo dei

(perdedores anónimos)

*Obra ganadora del II Premio
de Novela Negra Wilkie Collins*

narrativa

M.A.R. Editor

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento o transmisión de la totalidad o parte de su contenido por cualquier método, salvo permiso expreso del editor.

De la obra: © Carmelo Anaya

De la edición: © M.A.R. Editor

Diciembre de 2012

<http://www.mareditor.com>

info@mareditor.com

De la portada © M.A.R. Editor sobre fotografías de Nataliya Hora y Rangizzz

ISBN: 978-84-939322-7-5

Depósito legal: M-36389-2012

Diseño de la colección: Absurda Fabula

Imprime: Publidisa

Impreso en España.

Haz algo, y muere.

Ian McEwan

DESPUÉS

APOCALIPSIS

Cuando comprendí cabalmente que estamos compuestos de los mismos átomos que un cartucho de dinamita, perdí la Fe. Hasta el descalabro, sólo hay un paso. Sólo tenía dos opciones: hacer humildemente el bien, o hacer humildemente el mal. Opté por las dos. Pero el mal es mucho más poderoso. El mal es biológico, primario, elemental; el bien es espiritual, secundario, sofisticado. Cuando intentas hacer el mal, lo haces sin más. Cuando intentas hacer el bien, tus acciones lentamente declinan, como una vida que languidece, y resbalan hacia el mal, indefectiblemente.

Pienso mientras observo la dinamita en mis manos. Estas manos delgadas, largas, cruzadas de nervios y venas gordas como tuberías, que acarician el sudor de la dinamita, la exudación de una carne que se acaricia largamente. También sus átomos son los mismos que los de una piedra y los mismos que los mi carne y mi sangre. Su destino acaso no sea muy distinto del mío: transformarse, desaparecer. Ella se convertirá en rabia y llamas. Yo, en desesperación y cenizas.

Observo sus sombras en la penumbra: cuerpos que se retuercen; miembros que se entrelazan; besos que se cruzan;

cabezas que se acercan; manos que se estrechan; alientos que se elevan; almas que, por un instante, han dejado de ser solitarias, silenciosas, tristes y solas.

Magda abraza la cabeza ensangrentada de César. Éste, de pronto, abre la boca como unas fauces que pretendieran tragársela de un bocado, muerde su rostro esquelético, ofrecido en una lengua mínima que asoma entre labios secos, sin color. La muerte que en ella habita se deja abrazar por el deseo de muerte que ruge en él. Veo cómo se entrelazan, carne, ausencia y sangre. No es amor. Es violencia. Pero violencia viva. Como la que late en mis manos.

—Cuando la noche acabe, acabará la ilusión. Volverán a ser los mismos seres desvalidos que eran antes de venir aquí —me grita la Voz que nadie oye.

Agitado, respondo:

—Tal vez no olviden nunca lo que hacen aquí.

—¿Y qué significa esto para ellos? No los ha atraído un ideal, sólo la miseria en que viven. Mañana volverán a ser los mismos miserables que eran ayer —responde la Voz, ahora un susurro.

Ya no tengo palabras. No quiero discutir con La Voz. La llevo conmigo y no puedo dejarla atrás. Morirá conmigo. Al menos, queda ese consuelo.

Los dejo atrás, una última mirada. Helena está aún allí, inmóvil. Como si no fuera a moverse jamás. Ella permanece. Como si fuera uno de los maniqués. Ahora me pregunto si lo que he vivido a su lado es real. Sé que sí cuando esboza una extraña mueca, tal vez una sonrisa apenas visible en la distancia y la penumbra pesada, densa, de este vientre seco y profundo. Helena, allí, al fondo, es sólo una mirada. Ojos inmensos en cuerpo

terriblemente mínimo. Me interroga. Podría soportarlo. Pero la Voz no puede y ordena: ¡huye!

Desaparezco por una galería que los demás no conocen, oculta tras sombras de recodos imposibles. Remontar las galerías de tierra es como descender al seno del peor de los infiernos. Se oye un rumor lejano, como de agua subterránea que fluye y jamás se alcanza, como la paz que anhela el alma. Se oye un rumor de voces indescifrables que semejan lamentos, quejas, llantos, aullidos, que recuerdan los gritos de los condenados.

Las paredes de las galerías son de tierra escarbada a pico y parecen las paredes arañadas de una tumba para los vivos. Son tierra, tierra, tierra. Sólo tierra. Suelo, techo, paredes, son tierra. No hay rastro de humedad en sus terrones y sólo la sangre que golpea la carne te recuerda que estás vivo. Cuando la luz araña un espacio en la oscuridad tienes la sensación de adentrarte en la garganta de un monstruo que te va a tragar. Cada paso que avanzas tienes el temor de haberte adentrado en lo más profundo y lejano de la existencia, tal vez más allá, donde no podrás encontrar rastro de vida, donde todo es soledad y muerte, donde la existencia es otra y distinta, tan quieta que el movimiento es sólo el recuerdo borroso de un sueño.

—No pierdas la dinamita —ordena la voz.

Y vuelvo a la existencia, no sé si real o no, ignoro si más real o necesaria que ésta, en que recuerdo quién soy, qué hago. Y qué voy a hacer.

—No has debido dejarle esa carga a la enana —reprocha la Voz.

Pero ésta no es la Voz que me acompaña. Es César, que arrastra el saco de huesos de Magda, la calavera ensangrentada

por sus besos ardientes como mordiscos, y que se planta a mi lado y me agarra del brazo, perentoriamente.

Guardo un detonador que sudaba en mi mano y subo a otra galería por venas escondidas en lo más profundo de la tierra, excavadas entre la roca caliza por sombras anónimas y antiguas que hirieron la tierra como si buscaran un submundo ajeno a la vida.

—Aquí —grita la Voz, y veo mis pies que se detienen, mis rodillas que se flexionan y mi mano que señala un agujero en la pared suficientemente hondo para introducir toda la carga de mi mochila, taparlo con sacos gruesos y pesados y hacer temblar la tierra desde lo más profundo de sus vísceras reseca y hostiles.

Me niego a obedecer a la Voz y continúo mi ascenso.

—Aquí. Hay que hacerla explotar aquí. Será mucho mayor el efecto —explica, insiste.

Pero no quiero pensarlo siquiera. No quiero matar. La rabia me consume e imagino este infierno alzarse en llamas y convertirse en humo, en alma, elevándose hasta los cielos. Pero no quiero matar. Imagino a mis perdedores abajo, rumiando sus miserias, buscándose en la penumbra de las catacumbas como nunca jamás pensaron que pudieran encontrarse con otro ser humano en esta vida. ¿Qué será de ellos? Verán la deflagración y un instante después estarán muertos, sepultados.

—Necesitamos un muerto —me dice la Voz.— Todos necesitan un muerto. Cuantos más, mejor —continúa su discurso. —Si no, nadie te oirá.

Me detengo bruscamente. Deseando golpearlo, matarlo, aplastarle la cabeza contra la tierra oscura que me rodea, ahogarlo en tierra. Pero no puedo. No soy capaz de girarme y

devolverle palabras. Ya no bastan las palabras. Sólo los hechos. Hacer algo y luego... luego, morir.

—Si explota arriba, ¿crees que no morirá nadie? — pregunta, insidioso.

—No. Haré que no muera nadie. Sólo morirán los muertos. Su segunda muerte. Apocalipsis.

—Caerán los muertos sobre éstos —acusa.

—No. Pondré la dinamita donde...

El paso de una galería a otra no es sencillo. Nadie ha trabajado estos subterráneos para excavar y extraer material. No. Sólo quienes se ocultaron de muertes seguras hace decenios los arañaron con sus propias uñas para esconderse más abajo, más profundamente, en otro infierno aún más recóndito. Las comunicaron entre sí para tener más salidas disponibles si eran encontrados. Algunos agujeros apenas dejan pasar mi cuerpo. Tengo que arrastrarme entre la tierra como un gusano. Como ese gusano en que me voy a convertir muy pronto. Puedo hacerlo sin abrir los ojos. Un topo sin visión, un reptil repugnante que busca la luz. Lo que encuentro cuando alcanzo el sótano de las dependencias de abastecimiento son viejos huesos de cadáveres antiguos: calaveras, húmeros, fémures, alguna costilla. Alguien vertía aquí los restos cuando caducaban los derechos de permanencia en los nichos y tumbas. En esto nos convertimos. Ni siquiera pagando puedes tener un descanso eterno.

Del osario pasamos a una galería enyesada y limpia. Abro puertas con mi llave. Cruzo estancias repletas de herramientas y utensilios de los sepultureros. Salgo a la noche.

Pero más que ascender a la superficie desde el infierno, enseguida tengo la sensación de encontrarme mucho más profundo. Miro alrededor y encuentro gentes, algunas a las que conozco.

¿Qué esperan? Abajo dije palabras encendidas y oscuras, tristes y esperanzadas. ¿Qué puedo hacer ahora?

Haz algo. Ahora. —me dice al oído.

Algunas cabezas se giran y siento sus ojos ardientes en mí. Otros se levantan sigilosamente. Algunos, alejados, buscan el objeto de su atención y los imitan. Estoy elevado y todos pueden verme a la luz de una luna rota. Siento que esperan algo de mí. Siento que sienten algo por mí, por todo lo que les he dicho, por todo lo que he hecho.

—Haz que arda el infierno —dice una voz que suena sigilosa y lejana.

—No te rindas ahora. No nos dejes —dice otra.

Ahora todos se han levantado y me miran. La Voz me dice que aquí, ahora. Pienso en los de abajo y busco un lugar. Como si el destino lo tuviera preparado, mis ojos encuentran el volumen en la penumbra.

—Allí —dice la Voz.

Levanto la mochila con la dinamita. Jalean, sin saber qué, pero jalean secretamente, sigilosos. Siento la corriente estremecedora que los recorre, el aliento que se traslada de una sombra a otra con fervor, una corriente eléctrica que sacude sombras sin rostro y me alcanza, haciendo arder mi corazón y mis vísceras como si me estuvieran quemando en una hoguera.

Siento sus pasos sigilosos tras de mí cuando camino entre tumbas, lápidas y nichos. Reconozco sus perfiles en penumbra, pero no veo sus rostros, todos manchas negras en las que arden ojos febriles. Podrían ser otros, podrían ser diferentes, podrían no tener identidad, ni nombres ni apellidos, ni pasaporte. Podrían ser todos los humanos de la historia. Los muertos de los que hablé. Los muertos con los que hablo. Sólo César es identifica-

ble. Siento el avance silencioso de los miles de millones que nos han precedido en esta noche. Es una fuerza oscura e inmensa que viene de lo más profundo, de cuando apenas levantábamos la espalda del suelo y nos erguíamos sobre las patas traseras. Es un aliento sideral, abisal, terrorífico, que me empuja.

Nos detenemos ante la puerta de la capilla. Decenas de sombras sumergidas en oscuridad ante una puerta cerrada. César avanza e introduce una palanca de hierro entre las hojas de madera vieja de la puerta, junto a la cerradura. De un violento empujón brota un gemido de madera seca que se parte y la puerta se abre apenas un palmo. El suficiente para decirme que entre, que es allí.

—En el sitio más profundo —me dice la Voz que nadie oye.

Me estremezco como una hoja desgajada del árbol que la sustenta. Tengo una sensación de vértigo, un instante en que todo lo que me rodea da un vuelco. Y creo estar de pronto, otra vez, en lo más profundo de las catacumbas. Alucinado, a mi alrededor encuentro a todos los que estaban abajo, que han seguido a César, han hecho correr vida por las venas artríticas de esta montaña con vocación de muerte. Siento clavados en mi rostro sus miradas que no se ven. Me empujan. Penetro en la estancia y encuentro sutiles fluorescencias de velas que parecen inagotables, como voces muy antiguas cuyo eco no se extinguiera. Siento pánico. ¿Qué voy a hacer?

—Aquí no. En lo más profundo —ordena La Voz.

Doy media vuelta y César me coge del brazo.

—En el altar —grita, exaltado.

—Aquí no —respondo.

Intenta quitarme la mochila con la dinamita.

—¿Sólo has cogido esto?

Doy un tirón y retiro la mochila. Salgo de la capilla y me abro paso entre las sombras. Todos se vuelven a mirarme, pero sólo Dani me sigue. Luego, poco a poco, otros echan a andar tras él. De nuevo los siento a mi espalda y sé que están conmigo, con lo que estamos haciendo, con nuestro destino: tal vez la semilla de algo importante. Me debato entre las catacumbas y las viejas dependencias pegadas a los muros de entrada. Sí, allí será. Se verá desde todos los puntos cardinales. Desde kilómetros a la redonda. Ése será el lugar.

Decidido, cuando llego a las dependencias, doy una patada a la puerta. Para mi sorpresa, estaba abierta y la hoja choca contra la pared y deja abierta una boca negra. Entro y enciendo una linterna. Su haz de luz arranca destellos a una pared basta. Veo apiladas herramientas, aparejos, un carrillo, unos andamios. César entra también. Oigo una risa ahogada a nuestras espaldas. Es Dani, excitado por lo que no comprende.

César me arrebató la linterna y se dirige a un rincón. Allí, un hueco da paso a unas escaleras torpemente esculpidas en la tierra. Bajamos y encontramos otra dependencia.

—¿Se comunica con el osario? —pregunto a César.

No responde. Coge la mochila y extrae con cuidado los cartuchos de dinamita. Los sitúa en un hueco de la pared terrosa, casi encajados. Con cuidado, coloca el detonador. Luego, dispone ante los cartuchos unos sacos que había apilados a un lado, llenos de tierra y cemento. Extiende el cable del detonador, subimos las escaleras y salimos a la noche.

Hago gestos a las sombras que nos rodean. Un ejército de muertos semejan. De esos muertos que todos seremos. Sin rostro, sin identidad. Un trasunto de lo que somos vivos: números,

anulados por la vastedad de la masa. Atrás, atrás. Todos se alejan, asustados, riendo algunos como niños traviosos. Buscan lugares a resguardo, pero todos quieren ver lo que se avecina. César continúa echando cable. Cuando estamos suficientemente lejos, nos parapetamos tras la pared de unos nichos y miramos por encima de unas altas lápidas rematadas con cruces.

—Espera. Aún no —le digo a César, quien está a punto de apretar el botón que llevará la corriente hasta los cartuchos de dinamita.

—¿Qué pasa, colega, no tienes cojones?

Todos oímos ya lo que esperábamos. Sirenas, motores, voces, la tierra que retumba bajo las botas y los zapatos de los que nos persiguen. La vastedad de la masa se mueve con el lento y viscoso contoneo de una ameba. Luego, se acerca, como una plaga, como una tragedia, como un final. La noche oscura se llena de reflejos azules y amarillos. Los pitidos de advertencia, los gritos, las voces de megafonía, se unen al estruendo.

—¡Hay mucha gente ahí afuera! —grita alguien que viene desde la fachada del cementerio.— ¡Está entrando la policía!

—Hoy he matado a uno —me dice César. Descubro en su mirada, en su aliento, que se estrella en mi cara, la zozobra del terror, el temor de lo desconocido, la valentía que se sabe inútil, la lágrima escondida de lo irremediable. Descubro tras su rostro magullado, bajo la máscara de sangre negra, lágrimas ocultas del niño que aún no ha dejado de ser.

Pero en lugar de golpearme para apretar el detonador, sin desviar su mirada de mi rostro, abraza a Dani, que se pega a él como un perro fiel y ríe bobamente.

—Somos terroristas, ¿verdad? —pregunta el niño escondido bajo el rostro que he golpeado y enmascarado en sangre hace

un rato. Vislumbro su anhelo de justificación, su inútil necesidad de verdad.

Desvío la mirada hacia mi ejército de sombras, que han salido de sus escondites, expectantes, y compruebo que sí, que están los que tienen que estar, todos aquellos a quienes se les ha negado una identidad, una personalidad, una vida. Respiran, comen, beben, duermen. Algunos trabajan. Pero eso también lo hacen las bestias.

Cuando vuelvo la mirada hacia César, sé que la Voz ha ocupado mi rostro y que éste sonríe, invitándolo a apretar el bendito detonador.

ANTES

I

El inspector Marcano se consideraba, sin lugar a dudas, un buen hombre. El inspector Marcano era considerado por los demás un buen hombre. El inspector Marcano estaba considerado por sus superiores un policía apto y honesto. El inspector Marcano era amado por su casi perfecta esposa. Todo el mundo estaba seguro de que el inspector Marcano sería un excelente y cariñoso padre de familia. Incluso se había comprado ya el monovolumen de todos los que ansían ser buenos padres, aunque aún no había tenido su primer hijo.

El inspector Marcano estaba convencido de que vivía en el mejor de los mundos posibles. Es cierto, cómo no, que había problemas, pero echaba una mirada al mundo allende las fronteras de su país y comprobaba que la falta de libertad, la opresión, la miseria moral y material, y política, eran la norma. Él, en cambio, amaba el mundo en que vivía: si te pones enfermo, te vas a un hospital que no has de pagar; si tienes un hijo, lo mandas a una escuela que no has de pagar; si tienes un problema, acudes a una justicia que no has de pagar. Siempre hay una instancia que te soluciona tus problemas. Así debe ser la vida, segura y organizada. Y libre. El inspector Marcano se consideraba un hombre libre: es cierto que tenía que cumplir órdenes en su profesión, como buen policía, y como todo el mundo en su trabajo; pero ejercía plenamente su libertad de ciudadano: votaba cada cuatro

años a los políticos en los que creía; y aunque pagaba puntualmente una hipoteca algo alta por un pequeño ático en el centro de la ciudad, quería imaginar que era libre de ir donde quisiera en el momento que decidiese. No podía imaginar un mundo mejor para él y su familia. Lógicamente, aspiraba a que se pudiese detener el calentamiento global, que erradicasen las centrales nucleares (fíjate ahora, pensaba en Fukushima, qué horror, ya ha llegado radiación incluso a Miami, que no sé a cuántos miles de kilómetros estará de Japón); creía en la distribución de la riqueza, en la solidaridad nacional e internacional, en la natural bondad del ser humano,

El inspector Marcano era un hombre de conciencia tranquila. A pesar de su profesión. Él no había abofeteado jamás a nadie. Jamás había empleado una violencia innecesaria con ningún detenido. Los interrogaba con astucia pero sin amenazas. Nada que ver con el comisario: brutal, amargado, de mano fácil, al que todos temen. En cambio, él era un colega para sus confites. Y si alguno se desviaba, siempre estaba el bueno de Marcano para reconducirlo, darle buenos consejos y resolver la situación.

El inspector oía la radio esa mañana, mientras aparcaba su monovolumen en el sótano de la comisaría. Cerró el contacto y se apeó del coche. Pulsó el botón del ascensor y se miró en el espejo, ajustándose la corbata, mientras ascendía hasta la planta segunda, donde estaba su despacho. Afortunadamente, el más alejado del despacho del comisario. Así no tenía que oír sus imprecaciones, sus obscenidades, ni soportar su mal genio.

Cuando la puerta del ascensor se abrió, el inspector Marcano observó la hilera de mesas, la mitad vacías, dispuestas a sala abierta. Apenas unos compañeros ajustándose a sus puestos

de trabajo como un rato antes, cuando se levantaron, a sus trajes. A la izquierda, la puerta del despacho del comisario estaba cerrada: siempre llega cuando quiere. Se alegró de no tener que ir a darle los buenos días y giró a la derecha, hasta su despacho, apenas amueblado, el más espartano de toda la comisaría, a la espalda del edificio. El más tranquilo, por ello. Cuando cerraba la puerta, no llegaba la sordidez de la comisaría hasta él.

El inspector tomó asiento frente a su ordenador y repasó los expedientes que tenía sobre la mesa. Poca cosa. Nada importante: unas amenazas entre vecinos; un robo en un coche con daños en la puerta y el contacto; un robo en un supermercado. Las pequeñas excrecencias de una sociedad avanzada.

—Al despacho del comisario. Órdenes —irrumpió un agente que abrió su puerta sin llamar, impertinente.

Marcano aceptó la orden, como no podía ser de otra manera. Un mal presentimiento lo asaltó cuando, camino del despacho del comisario, observó la mala cara que ponían sus compañeros. La voz del comisario, atravesando las salas, gritaba:

—Venid. Hoy vais a comer mierda a paladas.

El director del comedor social es un hombrecillo menudo, de cabeza ínfima y corazón inmenso. Nunca he conocido a nadie más duro que él. Puedes reírte de los soldados que matan, sufren o pasan las peores calamidades del mundo en una guerra. Inasequible al desaliento, afirma su fe en una aventura desmedida de servicio. Seglar, si todos los sacerdotes fueran como él, el mundo sería un lugar mucho mejor. Sin duda. Pero, lamentablemente, personas como Matías Aimar no hay muchas. Ha reducido la jornada laboral en su trabajo, con una rebaja del sueldo a menos de la mitad, sólo para organizar el comedor y estar aquí a diario.

Dedica la tarde a realizar los pedidos, a buscar asistencia económica y a organizar las peticiones de ayuda de comida y ropa. Ayer tuvo una bronca con el alcalde. Nadie ha tenido cojones a gritarle al alcalde como Matías. Le pedía dedicar un edificio vacío del ayuntamiento, disponiendo un puñado de camas baratas, a refugio nocturno. Cuando el alcalde alegó que no tenía dinero para camas y para pagar un vigilante, él dijo que conseguiría las camas y que él mismo dormiría allí. Cuando el alcalde echó la siguiente excusa, levantó la voz; cuando el alcalde replicó, levantó sus pequeños pies de una silla demasiado grandilocuente en el despacho del alcalde, y cuando éste le llamó la atención, se puso rojo de furia y, con toda la rabia de los justos, la sangre golpeando su rostro, inyectados los ojos, las venas del delgado cuello borboteando sangre como cañerías a punto de reventar, le gritó y lo insultó y lo amenazó. El alcalde, acojonado, llamó a la policía local. Entre tres tuvieron que sacarlo a rastras.

No come. Puro nervio. De un lado a otro del comedor. Luego, entra en la cocina, a ver cómo van esas cosas. Después, sale de nuevo, se acerca a la cola y les pide calma a los que esperan. Cada día vienen más. Como si esta miseria que nos rodea no tuviera fin. Se cuelan algunos jetas para comer gratis. Pero Matías es de aquí. Conoce a todo el mundo. Y más de uno ha tenido que volverse desde la cola. Matías se le acerca y le pregunta qué hace aquí. Si miente, Matías lo sabrá esa tarde y el individuo sólo habrá conseguido comer gratis un día, porque al día siguiente Matías se lanzará a por él como una fiera y lo echará a la puta calle a gritos y empujones. No obstante, los que vienen lo necesitan. Como el aire. Casi dos mil a diario en una ciudad que no llega a las cien mil almas: parados, drogatas, inmigrantes sin trabajo, inmigrantes sin papeles, inmigrantes en la miseria, nacionales

pobres, alcohólicos, nacionales que antes no eran pobres, clases bajas, clases que antes no eran bajas; hipotecados que cuando pagan al banco no tienen para comer hasta final de mes y vienen los últimos diez días de cada mes; gandules que nunca trabajaron y que nunca trabajarán, simples que nunca podrán hacer nada, chorizos demasiado ratas para gastarse lo que ganan trapi-cheando con su mierda, mataos de toda clase y condición. Matías es su maná. Matías es su padre. Matías en su madre.

Ha entrado Dani. Ha venido sonriendo, como siempre; saludando a todos, como siempre; y babeando, como siempre. Lo he sentado junto a unos ancianos de ropas desgatadas que masticaban con dificultad las patatas de un guiso de carne de cerdo. Para los musulmanes, han cocinado el mismo guiso, con cordero.

He ordenado a un grupo de sudacas que discutían por un lugar en una mesa. He conseguido que algunos esperen, contenidos, hasta que los otros acaben. Tardan demasiado tiempo, se han quejado, esto no es un restaurante. Cierzo que algunos exigen como si estuvieran en un restaurante de cuatro tenedores. Alzan las manos y nos llaman a los que ayudamos a diario para que les traigamos más pan, o agua, o preguntan si hay un poco de vino o cerveza. Me acerco, los miro perdonándoles la vida y les digo que se levanten o que me den propina. Captan el mensaje y se levantan sumisos y se acercan al mostrador dispuesto ante las puertas que dan a la cocina y piden ceremoniosamente lo que necesitan.

Hago esto mientras la Voz me dice:

Esto no es para ti. No es suficiente. No sirve para nada. Cualquier otro podría hacerlo mejor que tú.

Y, ciertamente, me siento culpable por no hacer algo más. Esto lo hace Matías mucho mejor que yo. Yo sólo soy un ayudante más, prescindible. ¡Quién fuera capaz, como él, de hacer algo realmente valioso! Pero, ¿qué?

Sé que ha sido la Voz la que ha pronunciado la pregunta. Porque también sé que es la Voz la que responde sin palabras, imágenes que acaricio, aunque me resisto como un célibe ante la tentación; imágenes que son de destrucción y de construcción. Imágenes que son de odio, pero también de amor. Imágenes que surgen de mi cerebro con un placer libidinoso que temo se manifieste en mis ojos húmedos y mi sonrisa contenida. La Voz lo dice y yo lo admito: algún día lo haré.

Veo a César entrar con Ano y sus amigos. La cuadrilla de Perdedores Anónimos. Faltan muchos, pero éstos son titulares del equipo. César es chorizo, violento, cumple condena por golpear a un chaval que no le invitó a una copa. Al centro de menores y luego condicional con servicios a la comunidad. Lo tengo en mi grupo y se ha convertido en el líder. El mal líder. El líder del mal. Ayer sentí un odio cerval. Imaginé que lo golpeaba salvajemente. Y sentí placer mientras lo imaginaba al contemplar el vídeo con el que se había divertido, colgado en youtube. Se rió cuando se lo eché en cara.

Dani se levanta en cuanto lo ve entrar. Se acerca a él. César lo mira con asco y pasa de largo. Ano le da una palmada y sigue a César. Los acompaña Magda. La pandilla se sienta junta, en unos bancos corridos de madera ante una mesa en el rincón más alejado de mí. Los miro mientras se acomodan y compruebo que Ano saca de un bolsillo interior una botella de vino. De cristal. Del bueno. Dónde la habrá mangado. La pone sobre la mesa y ríen del festín gratis que se van a pegar con ese vino.

Magda, en cambio, no sonríe. Tiene la piel tan apretada a los huesos de la cara que apenas es un vendaje de la calavera. Sus ropas cuelgan sobre sus miembros esqueléticos como los ropajes patéticos de un espantapájaros. Hoy tampoco com r . Mirar  con asco lo que se ponga delante de ella en la mesa, coger  la cuchara y mover  el contenido del plato de un lado a otro. Se mojar  de caldo los labios y con eso tendrá suficiente. Cualquier día morir .

Hoy los acompaña también Artur, el antisistema que cumple condena por pintarrapear la fachada del ayuntamiento y escupir y mearse sobre los policías. César lo acepta a su lado. Artur ni siquiera me mira. Para él no soy sino una parte integrante, de las más detestables, del sistema que odia. Asiste a mis reuniones por imposición legal. Escupe cada vez que oye algo que no le gusta. Me obliga a firmar los partes de asistencia para llevarlos al juzgado y adiós muy buenas, no me calientes más la cabeza, gilipollas.

Pensativo, comprendo que mi tarea es inútil. Nada s  hacer por ellos. Mis gestos, mis acciones, no valen nada. Nada que pueda cambiar algo.

—Tienes que hacer algo más —me dice la Voz.— ¡Haz algo! —ordena.

Me empuja a pensar. Y no me gusta, porque no s  dónde estará mi límite. Las ideas que venían creciendo en mí como un árbol que nació de una mínima semilla me atormentan. Me dicen que esta actividad triste e inútil que realizo aquí, o la que llevo a cabo con los grupos, son esfuerzos insuficientes, vanos, casi inútiles. Ese anhelo a-humano, (que no se corresponde con la naturaleza humana, egoísta y violenta), no ha servido para encontrar la respuesta a la angustia que me corroe. La idea de

convertir mis actos en algo más que un callado servicio crece y crece. Y, cuando he visto el vídeo que César ha colgado de su humillación a Dani, he creído alcanzar una clase sórdida de Anunciación. No ha sido un Ángel, ha sido la Voz. He visto un sacrificio. He visto una crueldad. He visto violencia. He visto dolor. He visto miseria. Pero también he visto la Revelación. También he visto la Luz que alumbra el camino.

Dani se acerca a César y sonríe bobamente mientras el otro mira para otro lado y todos se ríen del pobre imbécil.

GÉNESIS

He sentido dolor. Dolor físico, sensible, amargo. Lo he sentido, sensualidad pervertida, al ver escenas de humillación. Lo he sentido al ver la pobreza en mis anteriores destinos. Lo he sentido al ver el rencor que nuestros actos pueden provocar en muchos. Y he sentido el dolor físico cuando el primer amor era aún un crimen para mí. Cuando me he sentido traspasado por el acero de una angina de pecho, inusual en alguien tan joven como yo. Como he sentido el miedo y la cercanía de la muerte cuando el médico desgranaba su diagnóstico con toda la delicadeza de que era capaz. He sentido el dolor que sienten la mayoría de las personas. Dolor físico de enfermedad y dolor moral, lejano, de otros que no tienen tanta suerte.

Pero jamás algo como lo que sentí ayer. Me avisaron con un sms y enseguida puede acceder al vídeo en *youtube: tontobaria.com*. Vi a Dani hablando con lengua estropajosa, que no quería hacer algo, que no quería... Vi a Dani subiéndose a una motocicleta y alguien, cuyo rostro permanecía oculto, daba gas y Dani salía disparado para caer apenas unos metros más allá, torpe y violentamente. Vi a Dani levantarse del asfalto ennegrecido. Creí reconocer el rincón envilecido donde lo habían humillado. Apenas a un kilómetro de mis habitaciones. Un descampado en las afueras de la ciudad, donde los bloques cuadrados de hormigón confinaban familias sin recursos, entre otros bloques idénticos y solares sin construir, sucios y cubiertos de hierba y de basura. Allí he pasado horas. Allí he acudido con la

intención de ayudar y apenas he hecho otra cosa que complacerme sutilmente en la miseria ajena calmando mi conciencia de justicia, que creía falazmente encontrar la satisfacción última de mi existencia. Allí he comprendido también la inutilidad de mi esfuerzo que ahora se me hace presente a diario en el comedor social.

Luego, la escena ha cambiado por completo y veo a Dani en un lugar en penumbra. Un interior que luego identifico al aumentar la luz el director de escena, el maldito director de escena. El lugar donde nos reunimos. El lugar donde creí encontrar el camino hace meses, cuando, desesperanzado de los grandes proyectos, conseguí que me adjudicaran un grupo de trabajo en la inocente esperanza de que con un trato directo, aunque mi esfuerzo ayudara a menos personas, pudiera conseguir algo más. Nada. Tras varios meses de reuniones, de incluso salir con algunos de ellos, acompañarlos a cada momento, no he conseguido más que firmarles las horas de asistencia a la terapia de grupo que los jueces les han impuesto con el bienintencionado y terco deseo de su rehabilitación o mejora. A los que ni siquiera necesitaban tales confirmaciones de asistencia, tampoco les había ayudado mucho más.

Puedo ver las sillas dispuestas en círculo. La tabla redonda de Perdedores Anónimos. Puedo recordar el eco de las palabras que allí se pronuncian. Obligadas en la mayoría de los casos, inútiles en casi todos. Torpes siempre. ¿Cuántas veces alguno ha hablado verdaderamente? Si no los obligara, no habrían dicho ni media palabra. Habrían esperado a que pasase la hora y luego se habrían ido con el jolgorio de quien ha cumplido un trámite impuesto y desagradable. Alguien ha cerrado las persianas de la estancia. Alguien ríe. Alguien empuja a Dani hasta el centro.

Habla, le dicen. Cuéntanos cómo eres. Que te vean. Jalean dos voces. Una es fácilmente reconocible: César. La otra, qué mas da. Veo entonces a Dani avanzar de espaldas a la cámara, empujado en su espalda huesuda. El plano alcanza desde las rodillas hacia arriba. Dani no se vuelve hacia la cámara. Le da vergüenza. Sus brazos desnudos se juntan a la altura del vientre, con las manos intenta tapar su sexo y esconder su vergüenza. Que se te vea, jalean. Los tontos la tenéis muy grande, ríen. Que te quites las manos, ordena. Dani obedece. Su esquizofrenia no ofrece defensa. Puedo ver su rostro, de ojos velados y boca entreabierta, babosa. Los músculos de su rostro se contraen, se extienden, la boca se cierra, se abre, quiere hablar, pero no sabe qué decir. Alguien levanta una silla y veo las patas de la silla, extendidas amenazadoramente frente a Dani, como un domador ante la fiera. Lo centran en el círculo, entre las sillas vacías. Ya las manos de Dani no cubren toda su desnudez. Puedes ver su sexo, encogido y oscurecido entre el vello negro, la mano que se extiende en súplica ante la cámara. No la tienes tan grande, a pesar de lo tonto que eres, se oye la voz de César. Mira qué chica la tienes. Dani se avergüenza, recuerda su desnudez y lleva una mano al vientre, tapándose de nuevo. Date la vuelta, le ordena. Dani se gira. Puedo ver la carne trémula y delgada. Las costillas marcadas, el culo chupado, los muslos delgadísimos. Se gira, otra vez de frente. La barriga, sorpresiva y ligeramente abultada, como un niño mal alimentado. Las patas de la silla lo empujan y cae hacia atrás. Dani se hace daño y se rasca los glúteos. Solloza un poco, pidiendo que lo dejen. Somos tus amigos. ¿No quieres hacer esto por tus amigos? Ya verás. Lo vamos a colgar en Internet y te vas a hacer rico, le explica César. Vas a ser famoso. Dani se queda súbitamente quieto. Mi madre. Lo va a ver

mi madre. Le asalta el miedo. Tu madre no sabe leer, espeta alguien.

De pronto, me doy cuenta de que tengo lágrimas en los ojos. No, el vídeo no se ha velado. La calidad es suficiente para que todo el suplicio se vea nítidamente. Muchos podrán verlo antes de que alguien pueda retirarlo. Muchos reirán cuando lo vean. En ese momento, siendo una punzada en mi pecho y entiendo que lo que veo es un humano en estado puro. Nunca he estado más seguro de algo. Nunca he tenido una certeza más absoluta.

Luego, cuando mire a mi alrededor en el comedor social, comprenderé que nada de lo que pueda hacer allí podrá tener jamás la fuerza de esa imagen humana, demasiado humana.

GÉNESIS

El comisario Marcano, mientras descendía del coche policial que lo había llevado hasta el comedor social, no podía aún dar crédito a la orden recibida. Tenía razón el comisario. Hoy iban a comer mierda a base de bien. Una redada en el comedor social en el momento en que más gente acude. Descendieron al mismo tiempo otros quince agentes de otros coches y de una lechera. Seguro que tendrían que llevarse un buen puñado.

—¿Es que usted no va a venir? —preguntó Marcano al comisario.

—Mis galones me permiten lavarme las manos de esta basura, como Pilatos.

El comisario era consciente de las miradas de sus hombres. Pero le daba igual.

—No puedo hacer nada. La orden viene de arriba. Lo único que puedo hacer es pasaros el marrón, como estoy haciendo. Así que andando...

Y, para colmo, dejó al mando al inspector Marcano, quien no podía evitar graves remordimientos por llevar a cabo una orden de ese talante. Cierto que podrían detener algunos inmigrantes ilegales que ahora iban a comer a diario al comedor social. También podrían encontrarse con algún chorizo en búsqueda y captura. Pero había algo ignominioso en actuar de esta manera. Era como atacar al enemigo en el momento de la tregua. Marcano se sentía sucio cuando, tras dejar en la puerta a cuatro hombres y

enviar otros tres a la trasera, entró en el comedor social seguido de los policías. Su irrupción y el silencio tenso que la siguió fueron uno. Cientos de cabezas se volvieron hacia ellos. Marcano podía ver rostros sin forma alertados como animales de un peligro. Las manos que llevaban cucharas a la boca se detuvieron. Las bocas que iban a engullir un pedazo de comida se quedaron entreabiertas. Los brazos que elevaban un vaso de agua se quedaron paralizados. Un hombrecillo, de pie, en el centro de la enorme dependencia, se volvió hacia ellos. Marcano le explicó era una redada. El hombrecillo dijo que no lo podía creer. Marcano dijo que lo sentía, pero que causarían las menores molestias posibles. El hombrecillo exigió una orden de entrada y registro. Marcano respondió que no la necesitaba. El hombrecillo insistió, levantando la voz. Marcano advirtió que no lo iba a impedir. Hizo un gesto y envió a sus hombres de mesa en mesa. Marcano y el hombrecillo observaron la actuación de los agentes.

—Sigán comiendo, por favor. Intentaremos molestar lo menos posible —elevó la voz el inspector.

Los agentes se distribuyeron por la estancia. Se acercaban a una mesa, observaban los rostros y pedían documentación según el origen de los rasgos: americano, africano o eslavo. A los nacionales, nada. Algunos iban levantándose y encaminándose a la entrada, donde los esperaban otros agentes para conducirlos a comisaría.

—¿No los van a dejar comer? —se quejó el hombrecillo. Matías Aimar, afirmó llamarse.

—No hay problema por mi parte —respondió Marcano.

Matías se acercó a algunos que se levantaban y los invitó a terminar. Indecisos, algunos miraron a los policías y finalmente

volvieron y acabaron su comida lentamente y sin ganas, como la última de un condenado. Otros, aceptando su fatalidad, continuaron hasta la entrada, donde los esperaban con las esposas en la mano.

Marcano no quería mirar rostros. Quería que las caras que se inclinaban ahora sobre las mesas, silenciosas y derrotadas, no le miraran a los ojos. Quería convencerse de que no eran personas con nombres y apellidos, sino tan sólo identidades agrupadas en un archivo del ordenador policial.

Para alejarse de la pesadilla, Marcano se dirigió hacia la larga barra desde donde se repartía la comida, donde las cocineras miraban incrédulas y con expresiones abatidas el espectáculo. Marcano tuvo la sensación de estar marcando judíos para el horno. Sintió una arcada que reprimió. Preguntó a una mujer qué comida habían servido hoy.

¿No les da vergüenza? —respondió la mujer.

Avanzó unos pasos, incapaz de replicar y casi chocó con la espalda de un hombre. Se disculpó con voz queda, pero algo le llamó la atención. Inmediatamente comprendió. Inmediatamente se sintió avergonzado. Seguramente más que el otro hombre, que intentaba con su cuerpo ocultar a las personas que le precedían en la cola que se había detenido ante los servicios de comida. Portaba una bandeja donde había depositado una servilleta de papel y unos cubiertos, un vaso y un trozo de pan. Marcano desvió la mirada y vio a los dos hijos de su vecino. Un paso más allá, su esposa.

—Continúen —ordenó Marcano, esquivando la mirada, a las personas que atendían tras la barra.— Sigán sirviendo.

Poco a poco, la cola avanzó. Pero esta vez, el ajeteo de la gente se había convertido en un murmullo soterrado. Marcano

imaginaba a su vecino (no quería mirarlo a los ojos, intentaba evitarle el mal trago de reconocer su derrota): seguramente estaba en el paro. Claro. Ahora comprendía por qué en los últimos meses, tal vez más, lo veía a horas insospechadas. Cuando volvía a casa tras algún turno extraordinario y veía a su vecino en horas en las que normalmente debía haber estado en un trabajo. Tanto su vecino como los niños y su esposa iban bien vestidos. Ahora pudo mirarlos, pues, bandejas en mano, le dieron la espalda para dirigirse a una mesa. Pero Marcano creyó advertir el tiempo que había pasado para aquellas ropas que ya no eran nuevas. ¿En qué trabajaba? Marcano no lo sabía. No lo había sabido nunca. Pero por su forma de vestir... En fin, qué más da. En cualquier cosa con la que ahora no puede ganarse el pan de su familia, pensó con amargura. Vio a su vecino, ¿cómo se llamaba?, ¡ah, sí!: Miguel no sé qué, se dijo Marcano, rodeado de todos aquellos parias de la tierra: alcohólicos, drogatas, gandules, vagabundos, pero... Pero la mayoría de la gente que estaba allí no eran enfermos, ni tirados, ni drogatas. Si uno se fijaba, podía ver algunos rostros familiares: gentes que había visto trabajar por la ciudad durante años, clase media entonces, abandonados ahora. ¿Y los inmigrantes? Se fijó en algunos. Eran trabajadores. No. No eran drogatas o alcohólicos. Ni vagabundos que vivían en la calle. Ni tirados. No...

—¿Esto va a durar mucho? —preguntó Matías, acercándose al inspector.

—Lo imprescindible. Cumplo órdenes —se disculpó Marcano.

—¿Y el comisario, sabe esto?

—Él lo ha ordenado.

—¿Él?

El inspector pensó que el comisario también se merecía una disculpa, aunque se hubiera lavado las manos como un maldito romano.

—A él también se lo han ordenado. Viene de más arriba —dijo levantando un dedo índice y señalando un lugar imaginario.

—Ya me extrañaba a mí —comentó Matías.

Luego, giró sobre sí mismo y dio cuatro pasos decididos hasta una de las mujeres que atendían la barra. Marcano pudo oír cómo le decía que saliera a la calle y que indicara a quien estuviera esperando que continuarían dando comidas hasta que fuera necesario.

De repente, en un extremo del local, brotó un tumulto. Marcano oyó voces de protesta. Dos agentes agarraban de los brazos a un hombre. Marcano dio unos pasos, pero se detuvo. Todo estaba controlado, menos los gritos que ahora surgían, tras el silencio, enrabiados y ácidos:

—¿Qué hacéis con él? No ha hecho nada. Es un buen hombre —gritó uno.

—Trabaja como el que más —dijo otro.

—Maldita policía —se atrevió uno.

La mirada de un agente lo detuvo en seco y quien había gritado bajó los ojos a su plato.

—Soy nieto de español. Estoy esperando los papeles. ¡Soy español! —gritaba el hombre al que arrastraban fuera los maderos. Se trataba de un hombre bajo y ancho, de pelo muy negro y aire ecuatoriano o peruano.

—A su puto país los *payosponis* —gritó una voz.

Se hizo un silencio profundo.

—¡A la mierda! —volvió a gritar la voz.

Otro agente se acercó a una mesa. Marcano observó desde

lejos. El agente se detuvo ante un grupo de muchachos. Entre ellos, un deficiente se reía bobamente. Miraba al policía fija y fríamente y otro agachaba la cabeza para reírse por lo bajo. Una joven los acompañaba. Las cabezas de otras mesas los miraban con reprobación. Marcano se dio cuenta de que los demás estaban acostumbrados a su actitud. Se acercó otro hombre al grupo y, bajando la cabeza, dijo algo al oído del que había gritado. Éste dejó de mirar fijamente al agente. Marcano dio gracias al dios innominado al que se implora cuando se tiene miedo de que algo vaya a peor. Un agente se acercó:

—Van veintidós. ¿Seguimos?

No le gustó la mirada del agente al inspector. El agente, bien por escrúpulos, bien por el papeleo que temía en comisaría, ya estaba bastante jodido.

—Ya vale.

Marcano se despidió de Matías y enfiló hasta la salida. Antes de salir, alguien gritó:

—¡Tenían que quemar la oficina de extranjería! ¡Cabrones!

Tenía pensado enfrentarme a él. Furioso. Había imaginado incluso la violencia. Más cuando lo oí gritar en el comedor mientras la policía realizaba la redada. Pero, una vez que estamos reunidos, enfrentados los rostros en el círculo de la ignominia que he visto en el vídeo, hay algo que me impide pegarle.

—César, hoy empezará tú. Quiero que expliques a los demás por qué quieres que se vayan los inmigrantes y por qué te molestan.

César bufa. No me tiene ningún respeto. Pero sabe que yo firmo los papeles de la suspensión de su condena.

Se echa atrás en la silla, se pasa las manos por la entrepierna